

Richard J. Evans, *Contrafactuals. ¿Y si todo hubiera sido diferente?*, Madrid, Turner, 2018, 192 pp.

Oswaldo Vartorelli
osvaldovartorelli@hotmail.com
Universidad Nacional de Entre Ríos
Facultad de Trabajo Social

RECIBIDO: 2-01-2020

ACEPTADO: 27-01-2020

Las historias alternativas ejercen una fascinación cada vez más grande. En los últimos años, un conjunto variado de programas de televisión, juegos interactivos y ficciones literarias han incursionado en la pregunta de, “¿qué hubiera pasado si...?”, ya que desde la realización de obras de producción audiovisual como la adaptación de *The Man in the High Castle* (2015) o la comedia alemana *Er ist wieder da* (2015), hasta éxitos como *Conjura contra América* (2004), la representación de escenarios históricos alternativos ocupa un lugar prominente en el mercado de las industrias culturales.

En el marco de la Historia y otras disciplinas de las ciencias sociales, los investigadores han dedicado un espacio de su agenda al análisis. El presente libro del historiador británico Richard Evans, profesor en la Universidad de Cambridge y uno de los mayores referentes en el estudio de la historia alemana contemporánea¹, ofrece una valiosa síntesis sobre las principales discusiones del “giro contrafactual”. Publicado en inglés en el año 2013 con el título *Altered Pasts: Counterfactuals in History*, la editorial española Turner lo ha traducido cinco años después para Iberoamérica, sumándose a otros títulos en español que versan sobre la temática ².

¹ Entre un amplio abanico de temáticas, Richard Evans ha escrito sobre los orígenes del movimiento sufragista en el mundo anglosajón, el desarrollo del movimiento obrero alemán, el delito y el castigo en la sociedad alemana, además de una excepcional trilogía sobre el Tercer Reich: *The Coming Of The Third Reich*. London: Allen Lane, 2003. *The Third Reich In Power, 1933–1939*. London: Allen Lane, 2005 y *The Third Reich at War: How the Nazis Led Germany from Conquest to Disaster*. London: Allen Lane, 2008.

² Podemos destacar la reciente publicación de Duleurmoz, Q. y Singaravelou, P. (2018). *Hacia una historia de los posibles. Análisis contrafactuals y futuros no acontecidos*. Buenos Aires: Editorial SB, que se suman a los clásicos de Ferguson N. (Dir.) (1998). *Historia virtual. ¿Qué hubiera pasado si...?* Madrid: Taurus, y Hawthorn, G. (1995). *Mundos plausibles, mundos alternativos. Posibilidad y comprensión en la Historia y las Ciencias Sociales*. Cambridge: Cambridge University Press.

Armado sobre una base de conferencias que Evans dictó en Jerusalén en el año 2013, y motivado a raíz del debate suscitado por la publicación de la obra *Virtual History* (1998) del historiador Niall Ferguson, el libro se compone de cuatro capítulos que recorren las dimensiones ideológicas, teóricas y metodológicas de la historia contrafáctica. Vale aclarar que el historiador británico no propone una “reivindicación” de la historia contrafáctica sino un atento examen sobre sus debilidades y abusos. En el prólogo el autor comienza definiendo a los acontecimientos contrafactuales como “las versiones alternativas del pasado en las que una alteración en la serie de sucesos conduce a un resultado distinto del que realmente ocurrió (p.13)”.

El primer capítulo, *La expresión de un deseo*, está dedicado a recorrer los orígenes decimonónicos de la historia contrafáctica hasta su *revival* en la década del noventa del siglo XX. En este sentido, el planteamiento de pasados alternativos encontró tempranos exponentes en la historiografía antigua, como fue el caso de Tito Livio y sus especulaciones sobre una victoria de Alejandro Magno sobre Roma. Sin embargo, fueron los escritores del siglo XIX quienes establecerían las bases de este ejercicio a través de algunas obras concretas. Un admirador de Napoleón, Louis Geoffroy, alcanzó notoriedad con su *Histoire de la Monarchie universelle: Napoléon et la conquête du monde (1812–1832)*. Publicado en 1836 en formato de planfleto, el escrito planteaba la progresiva e inexorable conquista de los continentes a manos del militar francés, y su consagración final como “soberano del mundo”.

La narrativa de la obra estaba atravesada por el mito movilizador de la “divina providencia”, que habría beneficiado a Napoleón en su carrera a la monarquía global. Para Evans, esta premisa metodológica fue retomada por el filósofo Charles Renouvier en su obra *Ucronía* (1876), ya que fue fundamental al proponer por primera vez, un abordaje sistemático mediante una serie de etapas que comenzaban en un primer momento en que la “historia imaginaria” se separaba de la “historia real”. No obstante, las inclinaciones hacia la literatura y la difusión popular definirían el eje de la historia contrafactual durante las siguientes décadas. Por su parte, estadistas como Benjamin Disraeli y escritores conservadores como Gilbert Chesterton, utilizaron el ejercicio contrafáctico con una finalidad educativa y moral que permitiera contrarrestar las vacilaciones políticas del presente.

En las décadas de los sesenta y setenta del siglo XX, la historia contrafactual fue revalorizada por los historiadores. El autor menciona las aproximaciones contrafácticas de William Shirer y de los especialistas en historia militar Geoffrey Parker, Alexander Demandt y Daniel Snowman, sin embargo, el gran salto se produjo en los años noventa, gracias al trabajo colectivo de Nial Ferguson –quien además divulgaría el concepto de historia virtual– y sus objetivos de dotar de respetabilidad académica a esta tendencia.

En este sentido, Richard Evans menciona que este *revival* debe ponerse en contexto, pues a partir de finales de los setenta –con más claridad en los ochenta y noventa–, se desarrollaron una serie de cambios culturales que impugnaron los “grandes relatos” y el optimismo en el progreso de las sociedades. En concomitancia, el creciente excepticismo, las crisis de las ideologías y el nacimiento del posmodernismo pusieron en duda la validez del conocimiento histórico y las bases de la objetividad científica.³ Frente a un escenario cargado de incertidumbres, la historia contrafactual encontraría un amplio eco en un público ávido de fantasías y entretenimiento,⁴ y una generosa recepción entre muchos académicos.

En el segundo capítulo, *La historia virtual*, el autor analiza el trasfondo político. En este aspecto, remarca que la historia contrafáctica ha sido, básicamente, una potestad de historiadores del espectro político conservador, con una ausencia de referentes entre la izquierda, salvo algunas excepciones. Retomando las palabras de Jeremy Black, el historiador británico sostiene que las tesis contrafactuales han dado primacía a las acciones individuales y la voluntad, reivindicando, de este modo, la historia de los “grandes personalidades”. Por otro lado, la izquierda, confiada en el porvenir de la historia, se mostró reticente a adoptar un discurso basado en la falta de certezas.

Richard Evans sostiene que la mayoría de los historiadores contrafactuales han tomado al marxismo como el principal chivo expiatorio, considerando que se encuentra limitado por un “inflexible” determinismo histórico. En consecuencia, se exponen las confusiones teóricas de historiadores

³ Según afirma Jörn Rüsen (2014), el posmodernismo niega a la Historia su entidad fáctica, transformándola en una mera ficción que se alimenta de recursos poéticos y retóricos. En este sentido, la historia contrafáctica de finales del siglo XX es un ejemplo de la metahistoria posmoderna.

⁴ Sobre esta cuestión, véase Maffesoli, M. (2009). *El reencantamiento del mundo*. Buenos Aires: Dedalus.

como Ferguson, además de las omisiones y manipulaciones realizadas en la lectura de Karl Marx y Fernand Braudel. Se señala que uno de los principales problemas de los contrafactualistas residía en la creencia de una absoluta polarización entre la libertad individual y la sumisión ante fuerzas históricas impersonales. Otro de los elementos que se revisan, son las bases teóricas que sustentan la historia virtual. En este sentido, la *Teoría del caos* que defiende Ferguson y que proviene del campo de las matemáticas, sería inaplicable para el estudio de las sociedades humanas (p. 75).

Además, los argumentos contrafactualistas tampoco estarían exentos de determinismo histórico, al aludir a procesos que inevitablemente se hubieran producido en un escenario alternativo. Al respecto, Evans puntualiza que los contrafactualistas han perdido de vista la condición de provisionalidad y multicausalidad inherente a la disciplina historiográfica, cediendo, en cambio, a reescribir según “sus intenciones y prejuicios políticos del presente” (p. 96).

En el tercer capítulo del libro, *Ficciones futuristas*, se abordan las principales producciones literarias sobre la invención de futuros alternativos. El autor plantea una distinción significativa entre la historia contrafactual, practicada por los historiadores y caracterizada por operar con los efectos de las alteraciones del pasado, y la historia alternativa, más recurrente entre escritores y periodistas, y que sólo jugaría con la formulación de mundos paralelos, pero sin profundizar en cómo llegaron a concretarse.

Una de las historias alternativas más populares, fundamentalmente en Estados Unidos y Gran Bretaña, es la que explora las consecuencias de una victoria de la Alemania nazi en la Segunda Guerra Mundial. A propósito, Evans se interroga sobre los motivos de esta predilección, señalando el peso de las industrias culturales de los países anglosajones y su hegemonía sobre el resto del planeta, así como de la ausencia de una memoria de la ocupación fascista.

La principal inspiración para estos trabajos—que surgieron por primera vez en la posguerra—, fue la célebre novela distópica de George Orwell, *1984*, que expresaba los temores de una dominación global por parte de un estado totalitario. En los años cincuenta la efervescencia por el nazismo disminuyó, pero retomó su impulso durante la década de los sesenta, debido al impacto mediático de los juicios de Adolf Eichmann y la renovación historiográfica sobre los aspectos políticos, sociales y culturales de la Alemania nazi.

En este sentido, una de las novelas de mayor notoriedad sería el *The Man in the High Castle* (1962), del escritor de ciencia ficción Philip Dick; ya que la historia plantea una hipotética guerra fría entre la Alemania nazi y Japón, revelando las rivalidades en el seno del sistema político nazi por la sucesión de Adolf Hitler. En la década de los setenta, una de las cuestiones que más se destacó fue el colaboracionismo, como se deja reflejado en la novela *SS-GB: Nazi-Occupied Britain 1941* (1978), de Len Deighton.

Por su parte, en los años ochenta, las posibilidades de una reunificación alemana y el euroescepticismo del gobierno de Margareth Tachter ofrecieron el contexto ideal para un nuevo *boom* de novelas contrafactuales con una Gran Bretaña “heroica” que se levantaba en armas contra el imperialismo alemán. En los noventa, dicha narrativa euroescéptica continuó gracias al éxito alcanzado por la obra de Robert Harris, *Fatherland* (1992), que salía a las librerías dos años después de la reunificación germana.

Ambientada en la futurista capital del Tercer Reich, “Germania”, la novela asumía las características del género policial y de suspenso con el detective Xavier March como personaje principal. La Alemania nazi, pese a su victoria, se encontraba agotada y necesitaba realizar un acuerdo con los Estados Unidos para recuperar su economía, dañada por los recursos que destinaba para eliminar las revueltas en los Urales. Otro de los intereses que se exponen en este capítulo refiere al tratamiento del periodismo de investigación. En efecto, un número significativo de trabajos ha abordado las posibilidades de supervivencia o fuga de Hitler, sin considerar las pruebas determinantes de su suicidio. Para Evans, estas tesis delirantes se han asociado, en gran medida, al universo negacionista y/o conspiracionista presente en los blogs y canales de Internet, y que en los últimos años se han expandido con el fenómeno de las *fake news*.

El cuarto y último capítulo del libro, *Mundos posibles*, se revela una conclusión que discute sobre la utilidad metodológica de los contrafactuales. En efecto, Evans asevera que las especulaciones contrafactuales no tienen un sustento sólido ni son decisivas en la tarea del historiador. En la mayoría de las ocasiones los historiadores contrafactualistas han caído en el error de “expresar deseos”, y cuando se han propuesto algunos lineamientos interesantes, terminaron supeditados por el interés político.

De todos modos, Evans no descarta completamente este ejercicio si se cumplen determinadas condiciones, por ejemplo, una “reescritura mínima y limitada al corto plazo” que confine las arbitrariedades de la especulación histórica (p. 175). Finalmente, la historia contrafactual, más que aportar una herramienta a los historiadores, es un objeto de estudio en sí mismo que proporciona una lente para comprender la historia política e intelectual de nuestra época y la crisis que atraviesa la disciplina histórica. En síntesis, si bien la perspectiva de Evans tiene un enfoque sumamente crítico, debe ponerse en tensión con otros estudios que reconozcan las potencialidades de los contrafactuales en el oficio del historiador y la enseñanza de la Historia.